

Existencialismo Positivo (1948)

Nicola Abbagnano

(trad. de R. de Lio Brizzio)

I. ¿Qué es el existencialismo?

1. La búsqueda

En todos sus aspectos, humildes o elevados, la existencia del hombre es la *búsqueda del ser*. La tendencia vulgar al placer y al bienestar y el impulso religioso hacia Dios (para considerar las actitudes más opuestas) son, como todas las demás actitudes de la concreta humanidad, la búsqueda de un *estado*, es decir de una condición o de un modo de ser, en el cual esté garantizada la realización de exigencias o necesidades consideradas fundamentales. El hombre busca en todos los casos una satisfacción, un completamiento, una estabilidad que le faltan; busca el ser. Esta condición es característica de su finitud. Si busca el ser, *no* lo posee, *no* es, él, el ser. Percatarse de esta finitud, indagar a fondo su naturaleza, constituye la tarea fundamental del existencialismo. Pero percatarse de ella o indagarla no sólo significa convertirla en objeto de especulación, sino tomar buena nota y decidirse en vista de ella. Aquí aparece claramente la nueva perspectiva del existencialismo. Éste exige que el hombre se comprometa *en su propia finitud*; que en la búsqueda del ser que constituye la sustancia de cada actitud cotidiana o excepcional suya, no olvide o desconozca esta sustancia ni que tal búsqueda sólo tiene un sentido o un fundamento en virtud de su limitación constitutiva y de su insuficiencia e inestabilidad, y que, por lo tanto, cada paso en la búsqueda no hace más que consolidarlo en la finitud de su naturaleza. Tal exigencia le cierra ciertas perspectivas, pero le abre de inmediato otras, mucho más fecundas. Le cierra la perspectiva de una satisfacción final, de un poseer definitivo e inajenable, de una espera demasiado confiada e inerte; pero le abre la perspectiva de la lucha, la realización de sí y la conquista. Y en tal perspectiva las cosas cambian. El hombre no debe lanzarse hacia el ser con la pretensión de aprehenderlo y poder, a su voluntad, dominarlo por entero; no debe nutrir la ilusión de convertirse en él y de identificarse con él -ilusión que le prepara la caída inevitable en el extravío y en la dispersión. Por el contrario, debe consolidarse en su capacidad de búsqueda y de adquisición, aceptando y reconociendo sus propios límites y trabajando dentro de estos límites en profundidad y renunciando a toda dispersión. Este compromiso es simultáneamente el reconocimiento de la naturaleza última del hombre y su autodefinición metafísica como finitud: *el hombre es la originaria, trascendental posibilidad de la búsqueda del ser*.

2. El compromiso en la finitud

Aparece aquí claramente el segundo motivo fundamental del existencialismo. Filosofar no es privilegio de los filósofos. Es el compromiso del hombre con su propia condición finita de hombre, con los límites que lo condicionan y lo estimulan. Este compromiso puede realizarse en la fe con en la acción, en la especulación como en el arte. No excluye tarea ni condición humana alguna. Sólo excluye a su contrario, el no-compromiso, el desconocimiento de la finitud. Pero esto imprime ya una directiva segura de la existencia, le otorga ya la *norma* de su constitución auténtica. Excluye la distracción, la dispersión, excluye todo lo que rompe el vínculo existencial del hombre consigo mismo y con los otros, ya que exige la concentración de las propias fuerzas y la solidaridad fáctica con los otros. La finitud, como *sustancia* de la existencia, conviértese en norma de la existencia. Y esta norma, al llevar al hombre a realizarse como finito, al mismo tiempo lo lleva continuamente más allá de sí, pues lo consolida en su capacidad de búsqueda, en la posibilidad de su relación con el ser.

Así, la *impotencia* de la naturaleza finita del hombre, que a primera vista parece su debilidad, conviértese en fuerza y potencia. El reconocimiento, la aceptación y la elección operan la transformación. Pero esta transformación es en realidad una fundación.

El hombre realiza integralmente su naturaleza finita porque *ha decidido elegirla*. La elección decidida significa el apasionarse el hombre por su tarea, su resolución de ser exclusivamente él mismo hasta el fondo. Y el *sí mismo* no es dado al hombre con anterioridad a la elección y a la decisión. La elección y decisión lo constituyen: la búsqueda del ser es búsqueda del propio ser, del propio sí mismo, del *yo*. El yo es la unidad fundamental del ser del hombre. Pero de tal unidad el hombre no goza como de un privilegio que no puede perderse: debe realizarla retrayéndose de la dispersión de las actitudes impropias y concentrándose en la unidad de una tarea única. El yo no es un dato psicológico o antropológico, ni es un hecho objetivamente observable; es la exigencia fundamental hacia la cual el hombre se mueve en su búsqueda del ser, el término que él tiende a constituir y a fundar en su relación con el ser.

El yo mismo es por ello *trascendente*. El hombre no lo vuelve a encontrar mientras permanece inmerso y disperso en la finitud, es decir en la multiplicidad heterogénea de sus actitudes insignificantes; sólo vuelve a encontrarlo cuando asume sobre sí la finitud y encamina la multiplicidad de las actitudes hacia la unidad de una tarea. Pero aun cuando ha vuelto a encontrarlo puede todavía perderlo, de suerte que su decisión no es un acto preciso sino una continuidad de proceso en el que el riesgo de la dispersión y de la pérdida hállase siempre presente.

3. La trascendencia

Se presenta ahora el tercer tema fundamental del existencialismo: la *trascendencia*. La eliminación de todo dato, la resolución de todo el ser en su esencia problemática, hace aparecer en toda su enorme importancia el movimiento de la trascendencia. Pues, así como el yo es continuamente trascendente para el hombre, ya que continuamente debe vincularse con él a fin de realizarlo, así es trascendente el ser con respecto al mundo. Realizarse como yo significa apasionarse en la propia tarea, y apasionarse en la propia tarea significa hacer salir al mundo de la dispersión de los sucesos insignificantes y reconocerlo en la seriedad y en la consistencia de su orden, en el cual cada cosa es un medio o un obstáculo para la realización del yo. Al que no ha elegido su tarea, al que no se ha vuelto a encontrar a sí mismo, el mundo se le presenta como un complejo de vicisitudes insignificante, como un espectáculo multicolor pero carente de consistencia y seriedad. Mas a quien se ha comprometido íntegramente en la realización de sí, el mundo se le presenta como una unidad compacta que *debe* proveer los instrumentos indispensables de la realización, pero que asimismo *puede* constituir el obstáculo insuperable y la posibilidad de un fracaso. La aceptación del mundo en el ser que le es propio, en su orden lúcidamente reconocido, es la condición indispensable para la realización de sí, y por consiguiente hállase esencialmente vinculada con tal realización. Pues el mundo tampoco es un hecho o un complejo de hechos. Su ser auténtico constitúyese solamente como fin de la trascendencia existencial.

4. La coexistencia

Pero el significado último de la trascendencia se revela únicamente en la *coexistencia*, cuarto tema fundamental del existencialismo. Podría parecer que el hombre que vive en la pasión de su tarea y en el esfuerzo de la realización de sí, se coloque en un espléndido aislamiento. En realidad, el vínculo del hombre con los otros es esencial para la existencia y se revela en sus dos aspectos fundamentales: el *nacimiento* y la *muerte*. Nacimiento y muerte no son hechos; no son, como se cree comúnmente, los límites obligados de la existencia humana, o de la vida en general. Son posibilidades que cábele al hombre reconocer y aceptar o desconocer e ignorar. Reconocer que se nace, significa para mí reconocer

que mi existencia no es *toda* la existencia, que ella está ligada, en lo que toca a su origen mismo, a la existencia de los otros; y por eso significa reconocer la *comunidad* con la cual coexisto y que me ha dado origen. Percatarse del hecho originario (que todos admiten verbalmente pero que no todos comprenden en su significado existencial) de que se nace, significa percatarse de la naturaleza esencial, constitutiva de los vínculos que ligan al hombre con la comunidad y del carácter concreto e individual de la propia existencia; lo que significa reconocer la dignidad y la importancia de los otros con respecto a mi propia existencia. La existencia no se basta a sí misma: en su origen debe darse un acto de trascendencia hacia la existencia: la trascendencia hacia la existencia es la coexistencia. *El hombre nace del hombre*. Esto expresa típicamente la necesidad de la coexistencia para la existencia: la insuficiencia de la existencia para sí misma, la necesidad de su volver a encontrarse en la coexistencia. De aquel reconocimiento mana la posibilidad existencial de la solidaridad humana que está en la base de las comunidades históricas y de los aspectos propiamente humanos de la existencia: el amor y la amistad. La relación existencial se revela como un vínculo de *solidaridad* que apuntala al hombre en su debilidad y en su insuficiencia y lo obliga a devolver a los otros lo que a él le ha sido dado. Se reconoce así que la existencia del individuo está ligada a la del otro y no puede privarse de ella. El *amor* es la forma típica del reconocimiento del *otro* como de un *otro sí mismo*. Supone la transparencia evidente del uno para el otro, transparencia por la cual el uno es para el otro exactamente lo que es para sí mismo. A su vez, la amistad multiplica las posibilidades de entendimiento y de encuentro entre hombre y hombre y, como ya lo vio Aristóteles, consiste en una comunidad fundamental de intereses y de directivas. Todas las formas de la coexistencia se fundan sobre la naturaleza finita del hombre como posibilidad de relación con el ser. Sólo coexistiendo puede el hombre buscar el ser o relacionarse con él. No puede volver a encontrarse a sí mismo y constituirse como yo, ni reconocer la realidad y el orden del mundo, sino en el acto de vincularse con los otros, de reconocer la originalidad y la esencialidad de su vínculo con los otros y de decidirse, en consecuencia, por la *fidelidad* a la comunidad a que pertenece, al amor y a la amistad.

De otra parte, la *muerte* expresa la posibilidad de la resolución del vínculo coexistencial. Por la muerte yo puedo serle arrebatado a los otros, al mundo y a mí mismo. La muerte no es un fin o un acabamiento, sino una *posibilidad* que acompaña a todas las demás y constituye su limitación intrínseca. Es la posibilidad de lo no-posible, que domina y determina desde adentro cada obra humana y la convierte en un llamado al futuro, o sea precisamente en una posibilidad. En cada caso debe el hombre rendirle cuentas al futuro; y en cada caso el futuro entraña para él una amenaza latente: la posibilidad de que su obra o él mismo se pierdan. Esta amenaza, si es reconocida y aceptada, conviértese en un riesgo, el riesgo del éxito y del fracaso. Pero como riesgo es ineliminable. Y justamente del riesgo nace de hecho la necesidad de decidir, la exigencia de la fidelidad.

5. El destino

Llegamos así al quinto tema fundamental del existencialismo. Si el futuro estuviese ya incluido y preconstituido en el pasado, si la historia fuese un progreso continuo, un orden necesario cuyas conquistas fuesen definitivas y sus valores garantizados eternamente, ninguna dispersión, ningún desbandamiento de los individuos podría impedirlo o perturbarlo. Pero en realidad el hombre debe elevarse hasta la historia, es decir, hasta el orden en el cual se halla tanto el significado de su ser como el del ser del mundo y de la comunidad, moviéndose fatigosamente *desde* las vicisitudes insignificantes y dispersivas del tiempo. El hombre no es historia: debe *hacerse* historia volviendo a encontrarse a sí mismo en el mundo y en la comunidad. Debe substraerse a la amenaza del tiempo, siempre pronto a sumergirlo en la insignificancia de sus vicisitudes banales y afrontar el riesgo de su éxito en la historia. Ahora bien, sólo puede afrontar ese riesgo disponiéndose a la fidelidad: moviéndose hacia el futuro con la decisión de consolidarlo al pasado y de volver a encontrar en el pasado su verdadero sí mismo y la verdadera forma de coexistencia con los otros. Esta fidelidad es el destino.

En el mito de Er[os], Platón imagina que las almas, antes de encarnarse, son conducidas a elegir su destino, y que se las pone ante una multitud de modelos de vida, entre los cuales cada una puede escoger libremente aquel al que permanecerá luego necesariamente ligada. Pero ocurre que cada alma elige en base a la experiencia de su vida anterior, y que por ejemplo Ulises, aleccionado por antiguas penurias y ahora despojado de toda ambición, elija la más oscura y humilde vida. Este mito platónico esconde una enseñanza vital. Parecería que en la elección de la propia tarea, en la aceptación y en el reconocimiento de lo que para cada uno es el propio destino, el hombre tuviese ante sí infinitas posibilidades entre las cuales la elección sería indiferente. En realidad, no hay posibilidad de elección indiferente. Una sola es la posibilidad que me pertenece, y es aquella en que puedo comprometerme apasionada y totalmente. Sólo cabe reconocerla por la posibilidad de este compromiso. No es factible examinar desde afuera las diversas posibilidades indiferentes que parecen ofrecérseme: en realidad todas las demás sólo están ahí para que yo elija la *mía*, que es aquella en cuyo fondo me volveré a encontrar a mí mismo y mi verdadera relación con los otros y con el mundo. Y la decisión no es un acto preciso sino una búsqueda continua, un proceso de profundización que descubre en la posibilidad que he elegido una riqueza siempre nueva, alejándome de lo que puede distraerme, concentrándome en lo que me es propio. Ni yo soy yo, ni subsiste para mí posibilidad alguna, fuera del compromiso, de la decisión y de la elección. La unidad que me hace yo es la del compromiso existencial, es la unidad de la tarea en la cual me reconozco. Las demás posibilidades se me presentan sobre el fondo de esta tarea fundamental, en cuyo esclarecimiento y reconocimiento debo trabajar. Y en ese trabajo los otros pueden ayudarme, como puedo ayudarlos yo; pero en última instancia, sólo a mí me concierne la decisión. Desde luego, puedo engañarme. Al igual que las almas del mito platónico, puedo ser hechizado o halagado por el resplandor externo de ciertas posibilidades dispersivas, o puedo, al intentar perseguir en vano una de ellas, fracasar en el reencuentro de mí mismo y de mi verdadera relación con los otros. Pero en este caso el error se me aclarará, antes aún que con el fracaso, con mi incapacidad de consolidar y mantener el compromiso. Esta incapacidad producirá inmediatamente la caída en la dispersión y en la insignificancia. No me reencontraré en lo que hago, porque no seré lo que debo ser. Habré faltado a la sustancia de mi ser, a la naturaleza última de mi finitud, habré sido infiel a mí mismo y a los otros. En el límite de esta caída, si nada me redime y me hace volver a mí mismo, no sólo se desvanecerán en la nada las posibilidades que más promisorias parecían, sino que tenderá a dispersarse mi mismo *yo* y mi relación con los otros: el vínculo existencia y coexistencial se verá amenazado por la rotura definitiva del aislamiento y de la locura. Pero mucho más acá de ese límite el yo carecerá ya de unida propia y de destino: incapaz de fidelidad, será esclavo de vicisitudes insignificantes y se dejará vivir como una unidad anónima, sin destino.

El existencialismo tiende a sustraer al hombre del indiferentismo anónimo, de la disipación, de la infidelidad a sí mismo y a los otros: tiende a restituirlo a su destino, a reintegrarlo a su libertad. La *libertad* es su tema fundamental último y decisivo. El hombre libre es el hombre que tiene un destino. El destino es la fidelidad a su propia tarea histórica, es decir a sí mismo, a la comunidad y al orden del mundo. La libertad es el acto de decisión de la fidelidad, es la elección de su tarea propia y la confianza indestructible en su valor trascendente, es la pasión desapasionada, que lúcidamente ve y juzga todo para poder todo afrontar.

6. Historicidad del existencialismo

Históricamente, el existencialismo está en la línea de las grandes metafísicas de Occidente, de Platón a Santo Tomás, de Descartes y Vico a Kant. Pero a estas grandes figuras y a todas aquellas que de alguna manera importan en la historia, el existencialismo no las considera embalsamadas y encerradas en sus sistemas, sino personalidades vivas y poderosas que por siglos han ofrecido a los hombres un modo de entenderse y encontrarse, y que todavía pueden y podrán dar soluciones esclarecedoras a los urgentes y vitales problemas de los hombres. Lejos por igual del dogmatismo y del escepticismo, el

existencialismo vuelve a interrogar a los maestros del pasado y valora respetuoso y firme sus respuestas. La palabra de que el hombre ha vivido ayer y será tal vez aquella de la que vivirá mañana. Pero es preciso volver a encontrarla y hacerla resonar claramente, para que se la pueda escuchar. La tarea de clarificación existencial se halla estrechamente vinculada con una tarea de indagación y de clarificación historiográfica. La una como la otra demandan compromiso, trabajo, fidelidad y tenacidad.

El existencialismo no es una escuela y repudia el proselitismo. No siendo pura doctrina, pero exigiendo como fundamento de la doctrina una actitud existencial, es decir del hombre total, puede constituir para el hombre un llamado o una ayuda, mas no puede reemplazar su decisión y su compromiso. Construye un camino, no impone una fórmula. Al final de este camino, hay para cada uno la posibilidad de reconocerse en su verdadera naturaleza, y para todos la de comprenderse y realizarse en una comunidad solidaria.

II. El existencialismo es una filosofía positiva

[pronto...]